

## INTERPRETACIONES ANTIGUAS Y MODERNAS DE LA HISTORIA

Para los historiadores de la antigüedad no existió el problema de «causa». La historia era considerada como la simple relación de los hechos que acaecían a los hombres, y por ello pocas veces describen acontecimientos lejanos, limitándose a dar testimonio de aquellos sucesos que han vivido o conocido por muy cercanas referencias. No lo hacen por el afán de ser verídicos, ya que mezclan muy a menudo a los dioses con los hombres en todas sus narraciones: es que verdaderamente lo «remoto» no les interesaba. No hacían *ciencia* histórica: simplemente hicieron *arte* de la historia.

La historia en la antigüedad careció de *perspectiva*: no existió la idea de lo pasado y de lo futuro: en una palabra, faltó el concepto de lejanía. Esta manera de ver la historia se acordaba a la manera de pensar que tenían los antiguos, y a su horror instintivo por todo lo lejano. Recuerda Spengler un hecho que se encuentra impregnado de profundo simbolismo: es aquella ley votada por el pueblo de Atenas en los últimos años de Pericles, castigando a todo aquel que enseñase o propalase nociones astronómicas. Constituye esta ley la manifestación expresa de la voluntad antigua, decidida a ignorar «lo lejano» en todos sus sentidos.

Las nociones históricas se ajustaban a esta manera de pensar. El mundo era, para ellos, inmutable, y los acontecimientos constituían simples accidentes, solo dignos

de relatarse en estilo poético. Tenían los antiguos tan poca idea de lo que es movimiento, que el universo era concebido — cito a Spengler — no como algo que *va siendo*, es decir, sujeto a evolución; sinó como algo que simplemente *es*. De allí que en el mundo antiguo no hubo en realidad historia: hubo simplemente relatos.

Pero la historia es evolución social, es *sociedad en el tiempo*. Para conocerla nos es necesario, no solamente poseer la noción de lejanía, de *tiempo*, es decir de evolución, de movimiento; sinó también la de *sociedad*, de cuerpo social de lógica de los hechos sociales. Sin estas dos nociones, estas dos dimensiones, de la historia, no podemos tener de ella sinó una visión unilateral; que por serlo, será necesariamente falsa.

La noción de tiempo ha sido descubierta solamente en los tiempos modernos. Vico y Ranke convirtieron la historia, de simple género poético que era, en una disciplina — aún no una ciencia — de la cual podían extraerse conclusiones más o menos científicas. Pero ha faltado un conocimiento exacto del término *sociedad* inseparable del de *tiempo*. Hasta no conseguirlo, no podrá considerarse a la historia como una ciencia, y no podrán extraerse de ella verdades, sinó simples analogías.

Por el prurito de separar los estudios sociológicos de los históricos, la mayor parte de los historiadores se han alejado o no han querido llegar a la verdad. Pero, pese a la moderna escuela de sociología alemana, la diferencia entre una y otra disciplina no es insalvable: es más, una es el lógico complemento de la otra. Historia sin sociología, o sociología sin historia, son abstracciones inútiles que a nada conducen, y de las cuales no puede extraerse conclusión cierta alguna. Una y otra son parte de una misma ciencia, y como lo decía Durkheim a principios de este siglo, están llamadas a formar en lo futuro una ciencia única.

La historia es sociedad en el tiempo. La definición se-

rá sintética, pero es exacta. Interpretar la historia es al mismo tiempo interpretar la sociedad, conocer el espíritu de las instituciones sociales y los factores que producen su evolución. La lógica de los hechos históricos será la misma lógica de los hechos sociales y las causas de la historia deben buscarse en las causas de la evolución social.

No considerar a la historia como sociedad en el tiempo, es tenerla como una simple colección de hechos. Es abordar su estudio por mera vocación erudita. Es obrar como turista, anotando hechos y fotografiando instituciones, sin ir más allá de alguna observación curiosa, o de alguna analogía más o menos sugerente, pero absolutamente inútil.

Hay que buscar las leyes de la historia en la propia sociedad. Y para ello es necesario compenetrarnos del espíritu de lo social. Los hechos sociales tienen una lógica que no es nuestra lógica; las sociedades no piensan como los hombres, ni obedecen a los mismos motivos que guían los actos individuales. La historia tiene un lenguaje que no es el nuestro.

Es inútil que busquemos una explicación lógica, racional a la sociedad y a los hechos sociales. La lógica social no se sujeta a las mismas nociones de causalidad que rigen nuestra lógica individual. Debemos por ello, estudiar la sociedad y su evolución como algo ajeno a nosotros; como una *cosa*, según el conocido método de Durkheim. Es decir, algo que nos es absolutamente exterior, que no nos pertenece a nosotros mismos. Desechando toda idea preconcebida, debemos abordar el estudio de «lo social» como si fuera un objeto cualquiera que aparece ante nuestra vista. No nos debemos considerar a nosotros como parte de ese objeto, pues corremos el riesgo de aplicar a sus movimientos y reacciones, la lógica de nuestras reacciones y movimientos. Es decir, que estudiando la sociedad a través nuestro, corremos el

riesgo de no ver la sociedad sinó de vernos a nosotros mismos.

Conocer el espíritu de lo social es el primer paso para conocer qué clase de factores influyen sobre ese espíritu y determinan la evolución de las instituciones. Es acercarnos a las causas de la historia y plantear el problema en su verdadero terreno.

La historia no es evolución del hombre, no es «humanidad en el tiempo» como quieren Croce y Gentile. El concepto *hombre* es muy diferente al concepto *sociedad*: esta última es algo más que simple conjunto de individuos. Tiene otra psicología y otra lógica que es esencialmente diversa y a menudo opuesta a la lógica y a la psicología de los individuos que la integran. En una palabra, posee otra *alma*: un alma que por ser social, necesariamente no es humana.

Ni la razón, ni el espíritu, ni las conveniencias de los hombres orientan la sociedad. Tanto Croce, que no es un historiador sinó un filósofo; como Berr, el creador de la «síntesis histórica», parten en sus interpretaciones suponiendo al hombre como un ser más o menos libre dentro del medio social. Es decir, que conciben a la sociedad como una «reunión de individuos», con la misma razón, los mismos impulsos y las mismas necesidades de cada uno de ellos. Claro que con tal idea de lo social, la historia aparece en sus estudios como algo ilógico, algo que se mueve sin ley alguna de causalidad. «En el mundo descripto por la historia — ha dicho Eduardo Meyer — rigen el azar y el albedrío». Albedrío y azar si buscamos interpretarla con nuestra lógica individual, pero causalidad y determinismo, si apartándonos de esa lógica vemos la historia como «hechos sociales» sujetos a «leyes sociales».

Esta misma objeción podemos repetirla ante el marxismo. Es indudablemente cierto que los individuos se inclinan por su razón o por su instinto hacia donde los impulsan sus mejores conveniencias: pero no es del todo

cierto que semejantes impulsos existan en los grupos sociales.

Parecerá paradójico, pero el concepto marxista de la historia es excesivamente individualista, *antisocial*. Si en las sociedades primaran los deseos particulares de sus integrantes, jamás el hombre habría alcanzado el grado de socialización que hoy detenta. La «lucha de clases» es la esencia del materialismo histórico, y no es admisible que los individuos formaran las sociedades guiados por el exclusivo propósito de combatirse mutuamente.

Así lo comprendió el propio Engels, y por ello declaró expresamente que las primeras épocas de la historia, aquellas en las cuales no existía propiedad individual, no podían ser pasibles de explicación marxista. Es decir que el materialismo histórico, por boca de uno de sus grandes exponentes, se declaró incapaz de explicar el problema magno de la historia, el problema del origen social.

Las manifestaciones sociales no son económicas, o de orden material como las individuales: son sobre todo, esencialmente místicas, religiosas. Y si los hechos sociales no son hechos económicos o tienen muy poco de económicos, es evidente que con la Economía no podríamos llegar nunca a interpretar totalmente la historia.

Pero hay algo relativamente cierto en la teoría de Marx, y es la explicación de las transformaciones sufridas por la sociedad europea, tal como las describe el Manifiesto Comunista. Pero esta lucha de clases, de la cual extrae Marx la esencia de su teoría, no nos muestra una sociedad en marcha hacia la «socialización», sinó más bien una sociedad decadente, en regreso hacia la individualidad de origen. A nuestro juicio, el estudio marxista tiene mucho de verosímil en este punto, pero comete el error de generalizar a toda la historia, los móviles que son propios del estado regresivo, individualizado, *asocial*, propios de la cultura europea moderna.

Debemos separar los dos conceptos, el histórico y el

político, de la teoría socialista. El político, aunque encuentra su base en el primero, se nos muestra claramente *anti-histórico*. Pretende suprimir la historia creando la sociedad perfecta, inmutable, justamente para que no se cumpla en ella el móvil de la historia: «la explotación del hombre por el hombre», que es lo que el socialismo entiende por motor de la historia. El advenimiento de la sociedad perfecta, aparejaría el fin de la lucha de las clases. La tesis política sería la negación de la tesis histórica.

Marx, con su sociedad del futuro, antepone el concepto *sociedad* al de *historia*: la sociedad del futuro será el fin de la historia, existirá precisamente para que no se cumpla el fatalismo individualista de la historia.

A nuestro juicio, comete con ello un segundo error. El primero fué el de concebir a la historia apartándose de la sociedad. El segundo, la utopía de suponer una sociedad que pueda apartarse de la historia.

Debemos desechar toda interpretación de la historia que suponga exclusivamente al *individuo*. La historia, lo decimos una vez más, trata de hechos «sociales» en el tiempo. Debemos, por lo tanto, partir del concepto *sociedad* para su estudio.

Desde el punto de vista del individuo, existe un determinismo en la historia, si aceptamos la palabra «determinismo» como opuesta a «libertad». El hombre es determinado en sus actos por la sociedad: el determinismo es así social. Este determinismo no es, desde luego, ni el «providencial» de Vico, ni el «cultural» de Spengler.

Spengler supone la impotencia del hombre contra la Historia, y anuncia agoraramente el final, la próxima decadencia de la cultura de Occidente. Pero su obra es más la de un profeta que la de un científico. Relaciona la cultura moderna con cada una de las que la precedieron, y observa que todas ellas presentan una parecida *curva* de evolución. ¿Pero son análogas, son *plantas* idénticas todas estas culturas? ¿Puede acaso compararse en

extensión y en profundidad las unas con las otras: Occidente con la arábiga, o la incásica por ejemplo?

El punto básico de la teoría de Spengler es la *muerte* de las culturas. Si éstas por el hecho de nacer tienen necesariamente que morir, es indudable que las culturas son «organismos» análogos a los biológicos ¿Y *mueren* fatal y definitivamente las culturas? ¿No resurge Japón después de cumplido el ciclo cultural asiático, y no sobrevivió Roma en ese imperio papal que es la «edad media de Occidente»? Spengler supone que toda cultura adopta de la que precede las características más notables, es decir que absorbe la civilización de las culturas en trance de morir. Lo cual significa que hay algo que no muere nunca, que se transmite eternamente de cultura a cultura.

La teoría de Spengler es una apariencia más que una realidad. Efectivamente hay sociedades que progresan y sociedades que regresan; épocas en que se evoluciona y épocas en que se involuciona. Pero de allí a considerar que las sociedades tengan una duración fatal y que carecen de objeto determinado, media un abismo. Y la división de la historia en culturas, es solamente una apariencia exterior, y no siempre exacta, del proceso interior que conduce la historia.

Las culturas no viven independientemente una de las otras y su existencia aparente, no es suficiente para fundar un determinismo biológico; como así mismo la apariencia de *progreso indefinido* lo es también para referir la historia, como lo hace Vico, a una causa providencial.

Por ello entendemos que un correcto estudio de la causalidad histórica debe comprender ambas *dimensiones* de la historia: el espíritu social, y el proceso de formación de ese espíritu. Hasta el presente nadie ha interpretado la historia en este sentido.

JOSE MARIA ROSA H.

